

3

QUÉ HACER EN LA COMUNIDAD EN TIEMPOS DE PESTE

En 1668 hubo un brote de peste en Francia y hubo unos 40.000 muertos. En carta al Padre de la Haye de Bonnefond, superior del seminario de Rouen, le da instrucciones sobre las precauciones que deben tomarse ante la peste (14 de septiembre de 1668).

“Todos los días, mi muy querido hermano, espero sus noticias, pues estoy muy preocupado por usted y por todos nuestros queridos hermanos, desde el mayor hasta el menor. Cada día oramos y celebramos misas por ustedes; y escribí a todas nuestras casas para se haga lo mismo, a fin de ponerlos bajo la protección de la santísima Virgen.

Le ruego que haga una novena de misas en honor del Corazón de María y otra en honor de san Carlos para pedirle que sea nuestro intercesor ante este tan caritativo Corazón, no solamente para que usted goce de su protección sino, primera y principalmente, por todos aquellos que se encuentran en la aflicción y en el peligro de la peste. Ruego igualmente a todos nuestros queridos hermanos que rindan a Dios, en esta ocasión, todo el honor que le debemos y aprovecharla para cuanto nos pide:

1. Adorar su divina justicia y humillarnos a la vista de nuestros pecados y en nombre de todo el pueblo.

2. Darle gracias por esta aflicción, viéndola como un efecto no solo de su justicia

sino, más aún, de su misericordia que nos castiga para corregirnos y salvarnos, y no para perdernos.

3. Adorar la divina Voluntad en sus designios sobre nosotros y abandonarnos por entero a ella para que haga de nosotros lo que le plazca y le sea más agradable. Es cierto que esta peste es el efecto de nuestros pecados. Que cada uno de nosotros se examine entonces cuidadosamente para reconocer aquellos mediante los cuales ha contribuido a esto, para humillarse y corregirse, procurando ponernos en el estado en que quisiéramos hallarnos en la hora de la muerte, pues cuando se está enfermo no hay tiempo para prepararse.

4. Adorar a Nuestro Señor Jesucristo en su cruz y en el amor infinito con el que padeció tantos sufrimientos; y ofrecernos a Él para sufrir todas las cruces que le plazca darnos, en acción de gracias por las suyas.

5. Ofrecerle todos los afligidos y suplicarle que les conceda la gracia de hacer buen uso de sus aflicciones.

6. Encomendarlos a aquella que se llama *Consoladora de los afligidos*.

7. Entregarse al amor inmenso por el que nuestro muy amable Salvador tomó sobre sí todos los pecados del mundo y se ofreció a su Padre para hacer satisfacción de ellos, para que seamos inmolados en calidad de víctimas a la divina Justicia por los pecados de nuestros hermanos y de nuestras hermanas y por los nuestros, y para asistir a los *apestados*, si es ese su beneplácito, en unión de la caridad que lo hizo venir a la tierra para servir y socorrer a los *apestados*, es decir, a los pecadores.

Finalmente rogar a nuestra divina Madre, a nuestros Ángeles y a nuestros Santos que hagan todo esto por nosotros". (4).

Hay otra carta al Superior de Rouen, el P. M. Manchon en 1659. No tiene que ver con la peste, pero sí con una situación que una pandemia como la actual puede darse entre nosotros.

Como en el caso del Seminario de Rouen, podemos pasar por dificultades materiales muy graves.

En un primer momento, Juan Eudes le dice al superior que la pobreza del seminario "es una ocasión para ejercer la paciencia, la sumisión a la adorabilísima Vo-

luntad, el amor a la pobreza y la confianza en la grandísima bondad del Señor”.

Antes había citado:

“Sé valiente y tu corazón se fortalecerá; espera en el Señor. Él dijo: No te dejaré ni te abandonaré (Sal 27, 14; He 12, 5). Él es fiel en sus promesas y en sus palabras y ha dicho: El cielo y la tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán (Mt 24, 35); Encomendemos a Dios nuestras preocupaciones y depositemos en él todas nuestras ansiedades, porque él se ocupa de nosotros (cf 1 Pe 5, 7). (5).

Pero ahora la situación es muy grave y le escribe:

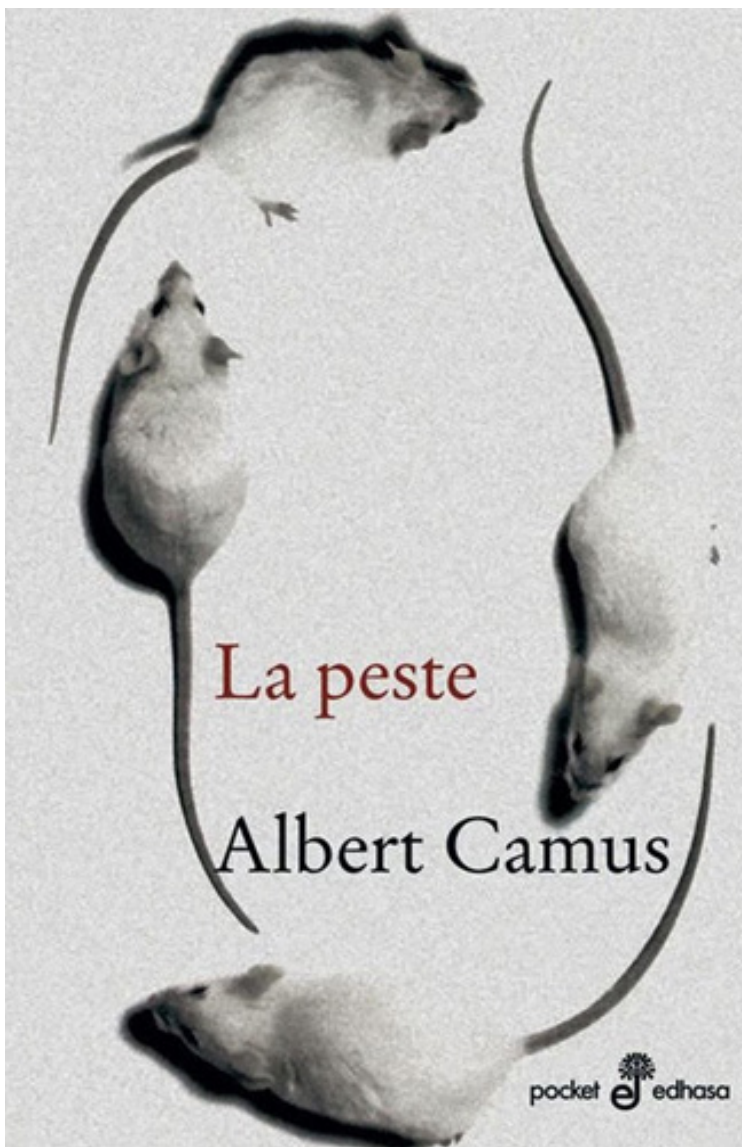
“Pienso sin cesar en las necesidades de su casa; pero no puedo dudar de que nuestro bondadosísimo Padre y nuestra Madre admirable manifestarán su bondad en esta apremiante necesidad. No, no, no, mi queridísimo hermano, ellos no abandonarán a sus pobres hijos, aunque sean muy indignos e infieles; primero se derrumbarían el cielo y la tierra.

¿En qué quedaría aquella divina palabra: *El alimenta a todo viviente porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Sal 136, 25)*

¿Aquel que enriquece de bienes a tantos turcos, blasfemos, impíos y ateos, abandonaría a sus propios y verdaderos hijos? ¡Es imposible! ¡Es imposible! ¡Es imposible! Sólo debemos temer una sola cosa, temer demasiado y no tener suficiente confianza.



Imagen de la Peste en una calle de Rouen.



(El tema de la solidaridad humana en Camus)

Comunidad. *Encomienda a Dios tus preocupaciones y él te alimentará (Sal 55, 23).* (6).

Ahora pensemos en nosotros, entremos en contacto con el sufrimiento humano y escuchemos también el llamado que hoy nos hace esta pandemia.

La necesidad es urgente, pero espero que el socorro no esté lejano. Por mi parte, no omito ningún cuidado ni diligencia, en cuanto me es posible hacer razonablemente en este asunto, pero, gracias a Dios, sin angustia, sin inquietud y sin apoyarme en todo lo que hago. Haga usted lo mismo de su parte.

Sobre todo, le conjuro ser firme en que Dios sea bien servido y honrado, mediante la fiel y exacta obediencia a todas las órdenes y reglas de la Congregación y a todo lo que ha querido Dios inspirarme establecer en ella. Sepa, mi queridísimo hermano, que practicando todo esto y haciéndolo practicar en cuanto sea posible, usted hará algo muy agradable a Nuestro Señor y a su santísima Madre, y atraerá su santa bendición sobre nosotros y sobre nuestra